



I.

VIDA AGITADA Y CONCIENCIA TR ANQUILA.

Mess Lethierry, el hombre notable de Saint-Samps on era un mariner terrible. Habia navegado mucho. Habia sido grumete, velero, gabiero, timonel, contramaestre, jefe de tripulacion, piloto, patron. Luego fue armador. No habia nadie que mejor que él supiese lo que es el mar. Era intrépido para los salvamentos. En los tiempos tempestuosos se paseaba á lo largo de la playa mirando el horizonte. ¿Qué se ve allí abajo? Alguno que está en peligro. Es una balandra de Weymouth, un místico de Aurigny ó una polacra de Courseulle, ó el yate de un lord, es un inglés, es un francés, es un pobre, es un rico, es

el diablo, ¿qué importa? Mess Lethierry se embarcaba, llamaba á dos ó tres hombres resueltos, ó se pasaba sin ellos, era él solo toda su tripulación, soltaba la amarra, cogía el remo, se lanzaba á alta mar, subía, bajaba y volvía á subir en las concavidades de las olas, se sumergía en el huracán, volaba al peligro. Así se le veía desde lejos como arrebatado por las rachas, de pie en la embarcación, empapado en el agua del chubasco, mezclado con los relámpagos, con el semblante de un león que tuviese una melena de espuma.

Así pasaba algunas veces todo el día en el riesgo, en el oleaje, en el granizo, en el viento, acercándose á los buques naufragos, salvando los cargamentos, buscando camorra á la tempestad. Por la noche volvía á su casa, y hacía un par de calcetines.

Llevó esta vida por espacio de cincuenta años, desde la edad de diez á la de sesenta años, mientras fue joven.

A los sesenta echó de ver que ya con un solo brazo no podía levantar el yunque de la herrería de Varclin, que pesaba trescientas libras, y cayó de repente prisionero de los reumatismos.

Tuvo que renunciar al mar.
Pasó entonces de la edad heroica á la edad patriarcal. No fue más que un buen hombre.

Había llegado á un mismo tiempo á los reumatismos y á las comodidades. Estos dos productos del trabajo suelen hacerse compañía.

Luego que se hace uno rico queda paralizado. Es la corona de la vida.

Y el hombre se dice: ahora gocemos.

En las islas como Guernesey, la población se compone de hombres que han pasado su vida en dar la vuelta á su campo y otros que han pasado la suya dando la vuelta al mundo. Forman las dos especies de trabajadores, los de la tierra y los del mar. Mess Lethierry era de los últimos.

Conocía la tierra sin embargo. Había arrostrado una penosa vida de trabajador.

Había viajado por el continente. Había sido algún tiempo carpintero de ribera en el astillero de Rochefort y después en Cette. Acabamos de hablar de la vuelta alrededor del mundo; él había trabajado en los aparatos de extracción de aguas de las salinas de Franco-Condado. Aquel hombre honrado había llevado una vida de aventurero. En Francia había aprendido á leer, á pensar, á querer. Había hecho de todo, y de todo lo que había hecho, había estraido la probidad. En el fondo de su naturaleza era marinero. El agua le pertenecía. Él decía: los peces están en mi casa.

En resumen, toda su existencia, esceptuando dos ó tres años, había sido dada al Océano, *echada al agua*, como él decía. Había navegado en los grandes mares, en el Atlántico y en el Pacífico, pero prefería la Mancha.

Esclamaba con entusiasmo: ¡*Este es el mar bravio!* Había nacido en él y en él quería morir.

Después de haber hecho uno ó dos viajes de circunva-

lacion, sabiendo ya á qué atenerse, habia vuelto á Guernesey, de donde no pensaba salir nunca. Sus viajes sucesivos se reducian á Granville y Saint-Malo.

Mess Lethierry era de Guernesey, es decir normando, es decir inglés, es decir francés. Habia en él esta patria cuádruple, sumergida y como ahogada en su gran patria, el Océano.

En todas partes, durante su vida, habia conservado sus costumbres de pescador normando, lo que no le impedía en ocasiones dadas abrir un librajó, recrearse en su lectura, saber nombres de filósofos y poetas, y farfullar y chapurrar un poco todos los idiomas.

II.

UN GUSTO QUE TENIA.

Gilliatt era un salvaje. Mess Lethierry era otro.

Este salvaje tenia sus elegancias.

Era descontentadizo y difícil con las mujeres.

En su juventud, casi niño aun, entre marinero y grumete, habia oido al baile de Suffren esclamar: *Hé aquí una hermosa jóven. ¡Lástima que tenga unas manos tan grandes y coloradotas!*

En todas las materias una palabra de almirante es una voz de mando. Encima de un oráculo hay una consigna.

La exclamacion del baile de Suffren habia hecho á Le-

thierry delicado y exigente en cuestiones de manos pequeñas y blancas. Las suyas, anchas espátulas de color de caoba, eran ligeras como una maza, y suaves como unas tenazas.

Estando cerradas, rompian una piedra si se dejaban caer encima de ella.

No se habia casado.

No habia querido, ó no habia encontrado con quién, sin duda porque siendo un marinero aspiraba á unas manos de duquesa. Y manos semejantes no se encuentran entre las pescadoras de Portbail.

Contábase, sin embargo, que en Rochefort, en Charenta, habia tropezado con una costurera que realizaba su ideal. Era una bella jóven que tenia unas manos preciosas. El meditaba y se rascaba la cabeza. Era menester andar con pies de plomo. Garras en caso necesario, y de una limpieza exquisita, las uñas de la costurera no tenian pero. Uñas tan encantadoras habian entusiasmado á Lethierry, y despues le habian inspirado ciertos recelos.

Temiendo no ser algun dia el dueño de su amada, habia resuelto no casarse con ella.

Otra vez, en Aurigny, la habia gustado una muchacha. Pensaba casarse con ella, cuando uno del pais le dijo: *Os felicito por vuestra eleccion. Tendreis una buena boñiguera.* Se hizo explicar el elogio. En Aurigny hay una costumbre. Se coge una boñiga de vaca y se arroja contra la pared. Hay una manera especial de arrojarla. Si está seca, cae, y sirve para calentarse con ella. Estas boñigas

secas se llaman *cripians*. Nadie se casa con una jóven que no sea una buena boñiguera.

Este título hizo tomar á Lethierry las de Villadiego.

Por lo demás, él tenia en materia de amor y de amantes cierta gramática parda, cierta filosofía de brocha gorda, cierta discrecion de marino siempre enamorado, pero jamás cautivo, y se jactaba de no haberse en su juventud dejado vencer por un guardapiesillo.

Guardapiesillo se llamaba entonces lo que se llama hoy un zagalejo. Un guardapiesillo significa mas y menos que una mujer.

Los rudos marinos del archipiélago normando tienen talento. Casi todos saben leer y leen. En los dias festivos se ven grumetes de ocho años sentados en un rollo de cuerdas con un libro en la mano. Los marineros normandos han sido en todos tiempos sarcásticos y tenido algunas felices ocurrencias. Una de ellas es la del audaz piloto Quiripal, el cual dirigió á Montgomery, que habia buscado asilo en Jersey despues de su desgraciada lanzada á Enrique II, el siguiente apóstrofe: *Una cabeza loca ha roto una cabeza vacía.* Hé aquí otro chiste: Tonzean, patron en Saint-Brelada, hizo el siguiente *calembour* filosófico, atribuido sin razon al obispo Camus: *A prés la mort les papas deviennt papillons et les sires deviennt cirons* (1).

(1) Este *calembour* ó juego de vocablos no tiene en español ninguna gracia: «Despues de muertos, los papas se vuelven mariposas y los señores aradores.»

...se llaman... Nació en casa... una buena...
 Este título hizo tomar a... las de...
 Por lo demás, el... en materia de...
 por... ciertos... ciertos...
 de... cierta... de...
 jamás... y se... de no... en su...
 ... por un...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

... se llama...
 ... se llama...
 ... se llama...

III.

LA ANTIGUA GERIGONZA NÁUTICA.

Los marinos de los Chasmel-Islands son verdaderos antiguos galos. Estas islas, que actualmente se anglicanizan con tanta rapidez, permanecieron por espacio de mucho tiempo autótonas.

El campesino de Serk habla la lengua de Luis XIV. Cuarenta años atrás salía de la boca de los marineros de Jersey y de Aurigny el idioma marítimo chino. El que les oía creía trasportarse á plena marina (del siglo XVII. Allí habria podido un arqueólogo especialista estudiar el antiguo patué de maniobra y batalla, rugido por Juan Bart en la bocina que aterrorizaba al almirante Hidde.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

El vocabulario marítimo de nuestros padres, casi enteramente renovado en la actualidad, se usaba aun en Guernesey en 1820. Un buque que andaba bien á bolina y ceñía bien el viento, se llamaba «*Bon Boulinier*;» un buque que casi por sí mismo tomaba su posición favorable al viento, á pesar de su gobernalle y de sus velas de proa, se llamaba «*un vaisseau ardent*.» Empezar á moverse era «*prendre aire*;» estar á la capa era «*capeyer*;» amarrar el cabo de un cable en banda, era «*faire dormant*;» tomar el barlovento, era «*faire chapelle*;» estar agarrado al cable, era «*faire teste*;» haber motín á bordo, era «*etre en patenne*;» tomar viento las velas, era «*porter-plain*.» Nada de eso se dice actualmente. Ahora se dice: bordear (*lonvoyer*), entonces se decía: *leamoyer*; se dice: navegar (*naviguer*), se decía: *naviger*; se dice: virar hácia el viento (*virer vent devant*), se decía: *donner vent devant*; se dice: avanzar (*aller de l'avant*), se decía: *tailler de l'avant*; se dice: halad (*tirez d'accord*), se decía: *halez d'accord*; se dice: quitad el fondo (*derapez*), se decía: *deplantez*; se dice: tirad (*embraquez*), se decía: *abraquez*; se dice: barrotes (*taquets*), se decía: *bittons*; se dice: bureles (*burins*), se decía: *tappes*; se dice: balancines (*balancines*), se decía: *valansines*; se dice: estribor (*tribord*), se decía: *stribord*; se dice: la guardia de babor (*les hommes de quart á babord*), se decía: los *basbourdis*. Tourville escribía á Hocquincoust: *nous avons singlé* (hemos navegado á toda vela). En lugar de «*la rafale*,» (la ráfaga), *le raffal*; en lugar de «*bossoir*» (serviola), *boussoir*; en lugar de «*drosse*» guardia del timón), *drouse*; en lugar de «*loffer*»

(orzar), *faire onze olofee*; en lugar de «*elonger*» (ponerse á lo largo), *alonger*; en lugar de «*forte brise*» (viento fresco), *survent*; en lugar de «*jonail*» (cepo del ancla), *jas*; en lugar de «*sonte*» (pañol), *fosse*; tal era á principios de este siglo la jerga que se hablaba á bordo en las islas de la Mancha. Oyendo hablar á un piloto de Jersey, Ango se hubiera conmovido. Mientras en todas partes las velas *faseyaient* (flameaban ó relingaban) en las islas de la Mancha *barbeyaient*. Una *saute-de-vent* (bocanada de aire) es una *folle vente*. Allí no se empleaban mas que las dos especies góticas de amarradero, la veltun y la portuguesa. Solo allí se oían las antiguas voces de mando: ¡*Tour-et-choque!*—¡*Bosse et bitte!*—Un marinero de Granville decía ya *le clan* (la cajera reclama), cuando un marinero de Saint-Auvin ó de Saint-Sampson decía aun *la canal de pouliot*. Lo que se llamaba *bout d'alonge* (cabo de urnicrin) en Saint-Malo, se llamaba en Sanit-Hplier *oreille d'âne*. Mess Lethierry, lo mismo que el duque de Vivonne, llamaba á la corvadura cóncava de los puentes ó cubiertas *le tonsure*, al escoplo del calafate *le patarasse*. Con este extraño idioma entre dientes, Duquesne batió á Ruysse, Dugnay Tronin á Wasmaer, y Tourville en 1681 ancló á mitad del día la primera galera que bombardeó Argel. En la actualidad es una lengua muerta.

La gerigonza náutica es actualmente distinta. Duperre no comprendería á Suffren.

No se ha trasformado menos el lenguaje de las señales. Hay mucha diferencia de las cuatro flámulas ó gallardetes

rojo, blanco, azul y amarillo de Labourdonnaye, á los diez y ocho pabellones de hoy, que izados de dos en dos, de tres en tres y de cuatro en cuatro, ofrecen á las necesidades de la comunicacion lejana setenta mil combinaciones: saben siempre que responder, y, si asi puede decirse, prevenen lo imprevisto.

IV.

EL HOMBRE ES VULNERABLE EN LO QUE AMA.

Mess Lethierry tenia el corazon en la manó, mano ancha y corazon grande.

Su defecto era esta admirable cualidad que se llama confianza. Tenia una manera particular y solemne de contraer un compromiso. Su fórmula habitual era: *Doy mi palabra de honor al buen Dios.*

Dicho esto iba hasta el fin sin cejar nunca. Creia en el buen Dios, y nada mas. Lo poco que frecuentaba las iglesias, era por política.

En el mar era supersticioso.

Sin embargo, jamás un temporal le habia hecho retro-

ceder, lo que dependia de lo poco accesible que era á la contradiccion. No la toleraba ni del Océano ni de nadie. Quería ser obedecido, y tanto peor para el mar si se le resistia; el mar tenia que tomar su partido.

Mess Lethierry no cedia.

Lo mismo conseguia contrarestarle la ola que se encrespaba, que el vecino que le armaba camorra. Lo que él decía estaba dicho, lo que él proyectaba hecho. No se doblaba ni delante de una contradiccion, ni delante de una tempestad. La palabra *no* no existia para él, ni en la boca de un hombre, ni en el ruido de una nube.

Pasaba adelante.

No permitia que se le rechazase, y de aquí procedian su obstinacion en la vida y su intrepidez en el Océano.

Sazonaba él mismo su sopa de pescado, sabiendo la cantidad de pimienta y de sal y las yerbas que requeria, y gozaba tanto al hacerla como al comerla. Un ser que un sombrero trasfigura y que degenera bajo un gaban, que con los cabellos al aire se parece á Juan Bart y con un sombrero de copa alta se parece á Jocrisse, torpe en la ciudad, extraño y temible en el mar, con una espalda de mozo de cordel, nada de jurar ni de echar votos, muy rara vez colérico, con una vocecilla muy dulce que se convierte en trueno al pasar por la bocina, un plebeyo que ha leído la Enciclopedia, un hijo de Guernesey que ha visto la revolucion, un ignorante muy sabio, sin ninguna santurronería, pero con todo género de visiones, con mas fe en la Dama blanca que en la Santa Virgen, con la

fuerza de Polifemo, la lógica de sotavento, la voluntad de Cristóbal Colon, con algo de un toro y algo de un niño, con una nariz casi chata, poderosos mofletes, una boca que conserva su dentadura casi completa, con una cara que parece haber sido barajada por las olas y á cuyo alrededor la brújula ha dado vueltas por espacio de cuarenta años, una impresion de temporal en la frente, una encarnacion de roca en alta mar, y luego poned en este semblante duro una mirada apacible, y tendreis á Mess Lethierry.

Mess Lethierry tenia dos amores: Duranda y Deruchette.